

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura actual

Un viaje a Italia y unas conferencias pronunciadas en Roma ante un auditorio de teólogos e intelectuales han puesto de actualidad el nombre y la obra de Daniel Rops, pensador francés cristiano.

Este ensayista y filósofo se dió a conocer hace más de veinte años, prologando una colección de obras de autores contemporáneos. Cuando apareció el libro de Aldous Huxley, titulado *El fin y los medios*, Daniel Rops escribió unas glosas de profunda interpretación. Puede afirmarse que sus líneas prologales resumían en todo su alcance los pensamientos del escritor inglés más en boga.

En efecto, el lector, guiado por sus palabras, entendía que Huxley había presentado las condiciones y métodos de un humanismo en sus proyecciones económicas, sociales, de inteligencia y sensibilidad. Y todo ello como una reacción contra la barbarie contemporánea, contra los dogmas que exaltan la violencia, el fantasma colectivo en detrimento de la responsabilidad individual.

El pensador francés cristiano sentía un goce espiritual, anotando la erudición cristiana en torno a los temas del humanismo. Y con cierto dolor contenido, hacía resaltar que para Huxley el espíritu era una cosa de naturaleza mental, es decir, un factor psíquico, actuando en un medio cuya existencia era independiente de las condiciones espaciales y temporales de la vida zoológica.

Por otra parte, Rops refutaba que algunos santos hubiesen alcanzado la santidad sin pasar por el camino de la inteligencia.

Ahora, en sus conferencias recientes, frente a los príncipes y dignidades de la iglesia, el hombre cristiano ha evocado la figura y la obra de San Bernardo, aquel varón de familia noble, de inteligencia precoz, de ardiente vocación por la vida monástica. Disposición para el misticismo, tan enérgica, que a los veinte años eligió la vida conventual, arrastrándolo consigo a sus cinco hermanos y a varios miembros de la familia colateral. Hombre dotado de impulso proselitista en grado sumo y a quien temían las esposas. ¡Razón tenían! Porque muchos varones abandonaron sus lechos nupciales para conocer la humildad de los claustros.

Daniel Rops ha interpretado su vida, al resplandor y *socaire* de sus íntimas vocaciones cristianas.

* * *

Los teatros de ensayo, nacidos como una distracción escolar y docente, han llegado a convertirse en instituciones de alta significación estética. En América y en Europa, grupos de estudiantes universitarios han desempolvado las obras del teatro clásico y popular, buscando matices íntimos, originales, que pasan inadvertidos para el actor profesional por diversas razones e imperativos.

Recientemente, los estudiantes de la Universidad de Coimbra han llevado su teatro experimental hasta los grandes escenarios madrileños, frente a un público exigente, acostumbrado a vivir los múltiples incidentes del espíritu dramático de Juan del Encina, de Torres Naharro, del sin par Lope de Rueda.

Los actores lusitanos han representado el *Auto de las Barcas*, una de las obras más bellas del ingenio poético que se llamara Gil Vicente. Y una vez más, se ha reanimado el prodigio expectante que producen los tipos de un hidalgo tiránico, de ladrones y celestinas, de monjes seráficos y jueces corrompidos. El *Auto de las Barcas*, con sus etapas

de infierno, purgatorio y cielo, constituye un ejemplo de fuerza creadora, lleno de contrastes, con parlamentos bilingües en portugués y castellano.

He aquí un esquema de su argumento. En la noche de Navidad, está anclada la barca del demonio. En esa fecha nadie puede salir del Averno. Sin embargo, los diablos arrebatan a un jugador blasfemo. Y en la Gloria, la muerte juzga a determinados viajeros, todos ellos especie de símbolos sociales. Desfilan los tipos de eclesiástico, emperador, papa, cardenal, duque, arzobispo, prelado y seglar. En todos hay un temor ante la condenación. Jesús aparece y reparte los remos que impulsan las barcas hacia la Gloria.

Gil Vicente supo dramatizar dulces amores. Su poesía ensalza los temas pastoriles, rindiendo culto a las bellezas campestres. Conocidos son los versos que dicen: Sea el frío reventado; — salgan los frescos vapores; — píntese el campo de flores; — alégrese lo sembrado”.

Algunos de sus personajes han permanecido en la evolución del teatro. Recuérdense, por ejemplo, aquellos dos mozos que mueren de hambre con sus amos, pobres, pero que gozan la esperanza cantando a su amada.

Como ya hemos indicado, el poeta portugués escribía en bilingüe, modalidad frecuente en la época, recurso que daba interés y gracia a los parlamentos. Pero sus cantares en castellano tienen mucho primor. Citemos el que se inicia, diciendo: “¿Cuál es la niña que coge flores, si no tiene amores?”

La exhibición de los estudiantes de Coimbra pone de actualidad la significación cultural de los Teatros de Ensayo.

* * *

André Siegfried es uno de los más notables economistas de la hora actual. Durante muchos años ha explicado sus clases en la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París. Llevado de inquietudes

intelectuales ha visitado varios países de los cinco continentes. Sus conferencias y sus libros fueron siempre un sólido aporte a la envejecida y vital ciencia económica. Aquella teoría “de un desplazamiento de los grandes centros de producción” y que vaticinara el nacimiento de la crisis europea, continúa presente, con plena validez.

Ahora, el economista se lanza por los vericuetos de la creación literaria pura, aunque, por exigencia intelectual, se extravía entre las coordenadas de las gráficas estadísticas.

Cuando todavía se repiten elogios en torno a su primera obra esencialmente literaria, *Geografía humorística de París*, publica una *Geografía poética de los cinco continentes*.

Tal vez, sus fugas poéticas derivan de una admiración brindada a David Herbert Lawrence, cuyas obras *Canguro* y *La Serpiente emplumada*, destacaron en su tiempo el sentido humano, anecdótico, de Australia y de México.

En las palabras de Siegfried hay un gran sentido social, científico. Porque no cabe duda de que los países se comprenden en sus dimensiones cuando se los ve a través de sus costumbres y paisajes, sin dejarse dominar por las cifras de un boletín estadístico.

Además, una de las condiciones indispensables para “ver los países”, consiste en moverse con el amplio criterio de un hombre que ha sacudido el lastre complejo de su país natal.

Con frecuencia, se ha exaltado el eterno mensaje de las ruinas. Posiblemente sirvan ellas para fijar momentos de esplendor que ya fueron. Pero valen poco para determinar en su justo límite el ritmo actual de los pueblos. Y ello es así, porque en algunos casos un exceso de tradición mal interpretada contribuye a crear falsas imágenes. Un ejemplo bien claro lo ofrece Grecia, país que viviendo de sus recuerdos, olvida sus realidades inmediatas. Lo que no le impide considerarse un gran pueblo.

Este *Geografía espiritual* nos dice que hay diversas maneras de ver y comprender a los hombres y a sus instituciones.

El paisaje no es sólo un estado de alma, como dicen los román-

ticos, sino que explica, muchas veces, realidades económicas y estilos de vida social.

He ahí el gran aporte conceptual del eminente economista francés.

* * *

Los arqueólogos están acostumbrados a sorprenderse. Y las sociedades de diversas latitudes reciben sus mensajes, vibran en alas de sus proyecciones científicas y sentimentales.

Recientes excavaciones se han verificado en los arrabales de la ciudad de Jericó. Parece ser que, al fin, se han encontrado los cimientos de aquellas murallas que los cánticos piadosos y la resonancia de las trompetas redujeron a polvorientos escombros.

Ahora bien, un hecho concreto, un verdadero hallazgo incrementa la historia de los hombres, precisamente ilumina esa zona oscura que marca el tránsito de la barbarie a la civilización. Entre las ruinas se ha descubierto un "vaso de arcilla", un verdadero jarrón decorado con bellos motivos.

Este ejemplar de una cerámica primitiva permite establecer los nexos, las relaciones entre las manifestaciones artísticas de los hombres de un mundo antiguo y las obras más o menos recientes de los artífices que pretenden hacer un arte nuevo inspirado en motivos milenarios.

Cada uno de los trazos dibujados en el jarrón de Palestina, puede facilitar la clave para entender los temas que eran frecuentes en la decoración. Es interesante recordar que los egeos exportaban vino y aceite en bellas ánforas que exhibían dibujos estilizados.

Tal vez de una manera casual, quizás por un deseo de imitación, existe un parentesco muy próximo entre las realizaciones artísticas de los hombres de una misma época. Citemos el ejemplo de una cerámica española, el llamado "Jarro de Numancia", que presenta una decoración curiosa. Entre los brochazos circulares de varios colores se hallan dibujados un hombre y un toro. Es, sin duda, una de las

más antiguas escenas de tauromaquia. Pues bien, he ahí que estos motivos ya se dan en algunas vasijas asirias.

Como es sabido, algunas cerámicas que Picasso modela y pinta en nuestros días reproducen los temas de un arte negro y primitivo, recrean los motivos de la gran cerámica española de todas las épocas. Tales, por ejemplo, las flores y los animales estilizados y combinados con motivos geométricos.

Las ruinas de Jericó nos han entregado una manifestación artística de sus incrédulos y obstinados habitantes.

* * *

En diversas universidades del mundo se hace obligatorio el estudio de la historia diplomática. Quizás porque se ha comprobado un hecho. Las evoluciones de la diplomacia, a pesar de sus perfiles anecdóticos, suelen pasar inadvertidas.

Los políticos y algunos conductores de pueblos nos dicen que las actividades diplomáticas pueden explicarnos el sentido de los hechos históricos. De ahí su importancia, el acierto de su inclusión en los programas oficiales de los grandes centros de cultura.

Con frecuencia, el ciudadano pacífico se pregunta: “¿En qué consiste la diplomacia?”

He ahí un término derivado de una raíz griega que significa “doble”, es decir, lo que se dobla y de lo cual se guarda un duplicado.

En efecto, en los albores de las relaciones internacionales, el original de un documento era enviado al destinatario. El “doble” se guardaba cuidadosamente. Claridad y rectitud se imponían. El hecho de considerar al diplomático como un individuo astuto, sagaz, disimulado y ladino es obra de fechas más o menos recientes.

En la iconografía clásica, la diplomacia era representada por una mujer que pisa trofeos guerreros con una resplandeciente corona de laureles. Y su lema: “Mis armas son la persuasión, la rectitud, la sabiduría”.

Difícil ciencia y complicado arte que tuvo notables precursores. Ya en el Código de Manú se anotan instrucciones valiosas, muy parecidas a las que se prodigan en la obra considerada como la primera historia de la diplomacia. Nos referimos el célebre "*Embajador*" de Abraham Wicquefort, libro escrito en 1626.

En la *Iliada* y en la *Odisea*, se citan frecuentes servicios de embajada para dirimir algunas desavenencias. Por lo general, los griegos designaban a los actores de teatro como enviados especiales.

En Roma tuvieron gran importancia los diplomáticos, siempre vestidos de un velo blanco, que rasgaban cuando fracasaban en sus funciones. Ahora bien, podría decirse que la primera embajada de tipo moderno tuvo lugar en tiempos de Carlo Magno. Los reyes orientales enviaron a sus hombres más conspicuos. Fué la primera vez que los elefantes hollaron los suelos de Europa.

Es posible que la reorganización de los estudios diplomáticos en el mundo, dejen sin validez la conocida expresión que dice: "El diplomático es un hombre honrado, a quien mandan al extranjero para mentir". Y ojalá que las relaciones internacionales, estudiadas como ciencia y practicadas como arte, nos demuestren que no es digna la ironía maquiavélica, tan conocida: "El embajador perfecto es aquel que engaña con la verdad".

* * *

El escritor hispano Baltasar Gracián fué un ensayista de corte moderno, una especie de precursor. Su obra *Arte y Agudeza de Ingenio* es un auténtico tratado de estilos, barroca síntesis de erudición. Nadie ignora que su creación maestra *El Criticón* esboza la reconstrucción del hombre cabal, en sus dos dimensiones de razón y de instinto.

Los eruditos siguen estudiando el mensaje que nos legara tan esclarecido escritor.

En el Instituto Peruano de Cultura Hispánica de Lima, un investigador, Honorio Delgado, ha pronunciado unas conferencias, cu-

yo título general es sugerente y comprometido: "Gracián y la concepción aristocrática de la vida".

Gracián, anticipándose a Alexandre Pope, representa el sustentador de una adecuación privativa del hombre al estudio del hombre mismo. En Gracián surge una actitud definidora de lo que llama hombre vulgar, frente al hombre de condición, y aun del concepto de aristocratismo, basado en la conducta, en las cualidades del valor personal.

Este conjunto se da, no importa en qué núcleo social, pero en el de alto linaje, la condición individual aristocrática ejerce una función imperativa, la cual es de mayor grado "por lo que obliga que por lo que aprovecha".

En el estudio del carácter, Gracián consigue establecer que la reflexión apta para conocer la realidad del mundo, como para dictar la conducta individual, conduce a modelar el carácter, la fuerza conseguida por el juego de la inteligencia y de la voluntad.

Como tantas veces se ha dicho, es interesante resaltar que las tipificaciones de Gracián, el héroe, el político y el discreto basan su conducta en la realidad y en el respeto hacia sí mismo.

En el Héroe se estudian sus cualidades de hombre, concebido como una especie de superhombre.

En el Político se analizan las condiciones del buen gobernante. Su personaje ejemplar es Fernando el Católico.

En el Discreto se señalan las virtudes o realces que caracterizan al filósofo.

Por lo general los personajes del escritor hispano exhiben en su conducta un tinte pesimista, actitud ésta cercana a la de ciertos existencialistas. Pero la diferencia estriba en que Gracián no se abandona a lo negativo del engaño, antes bien le sirve para ver el lado positivo de la vida. He ahí la nobleza que muchas veces se nos da cifrada en sus obras.